

Palabras intercambiadas con un amigo. Dos formas de percibir en el pragmatismo: W. James y C. S. Peirce

Marta Morgade Salgado

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

El objetivo principal de este trabajo es proponer los elementos básicos de la teoría de la percepción de Peirce a través de las cartas que se intercambiaron con William James. William James y Charles Sanders Peirce compartieron momentos clave en el origen del pensamiento americano más representativo. Sin embargo, en sus biografías y en sus trabajos pronto los separarían grandes diferencias. Hace años que se empezaron a estudiar las diferencias que existen entre el pragmatismo que cada uno defendió. A partir del enfrentamiento de los «dos pragmatismos», hemos podido conocer mejor el pensamiento de Peirce, y de James. Las diferencias que se presentan en su pragmatismo también están presentes en la psicología que ambos defendían. Aquí tratamos de mostrar las diferencias que aparecen entre los dos con relación a la percepción. Peirce defenderá el concepto inferencia inconsciente en la explicación de la percepción, al igual que hacía Helmholtz. James, más cercano al pensamiento inglés, defenderá la asociación de ideas como mecanismo explicativo.

A partir de varias cartas de Peirce y de James, además de la revisión que Peirce hizo de los Principios de Psicología de James (1890), analizaremos las críticas de Peirce a la psicología de la percepción de W. James.

Palabras clave: Peirce, James, percepción, inferencia inconsciente, asociación.

Abstract

The aim of this paper is to propose a way of understanding the theory of Peirce's perception across the letters that Peirce exchange with William James.

Charles Sanders Peirce and William James were friends along their lives. Both of them were the parents of the pragmatism, but James's pragmatism and Peirce's pragmatism was very different. Much has been written lately on Peirce, James, and on their respective pragmatism.

The comparison between the «two pragmatisms» has contributed to a better understanding of both thinkers.

Those differences in Peirce's philosophy and James's philosophy are extensible to their psychology of the perception. In this work we are going to show as those differences on the psychology appear in letters of Peirce and James. This way, we will see as Peirce defends the relevancy of the concept of *Unconscious inference* to explain the perception, in the same way as Helmholtz made it. Nevertheless, William James, closest to the *English Thought* was criticizing the concept of unconscious inference, James was defending, in his case, the association of ideas as explanatory mechanism of the perception.

Several letters and a Peirce's review of the book *Principles of Psychology*, (James, 1890), they will be analysed in order that we look in them for Peirce's critical arguments about the James's proposal on the perception.

Keywords: Peirce, W. James, perception, Unconscious Inference, Association.

La relación entre W. James y C. S. Peirce se inicia en la juventud. Los dos pensadores compartieron momentos clave en el origen del pensamiento americano más representativo; como fue el club metafísico con relación al Pragmatismo. Pero en sus biografías y en sus trabajos pronto les separarían grandes diferencias que los llevaron, en el final de sus días, a destinos totalmente opuestos. En la recuperación actual de los trabajos de estos autores se destaca siempre el éxito de uno de ellos desde el inicio de su trabajo; James, y el fracaso primero, y posterior descubrimiento del otro autor; Peirce (Morgade, 2004). Los avatares a lo largo de la vida de los dos son significativos para comprender el destino de sus obras, también son reveladores los intercambios epistolares que mantuvieron a través de los años, sobre todo son claves para entender sus diferencias filosóficas. En este trabajo en concreto, voy a centrarme en destacar las diferencias que se daban entre ellos en el terreno de la psicología de la percepción.

Bajo etiquetas comunes, *Pragmatismo*, *Sinequismo*, *Tiquismo*, etc., ambos desarrollaron su trabajo, sin embargo, más allá de la amistad y de las etiquetas compartidas de encuentran grandes diferencias conceptuales. Diferencias que estaban desde el origen de ambos, en su formación, y en el discurrir de su vida profesional. En filosofía hace tiempo que se han explorado los contrastes entre ambos autores, partiendo de la realidad de su amistad profunda (Fisch, 1896). Aquí, la diferencia esencial es que, en el caso de la filosofía, los dos se encontraban en igualdad de condiciones, en este caso ya sabemos mucho de lo que pensaba James sobre la psicología, pero está aún por explicitar qué decía Peirce al respecto. Precisamente ésa es la intención de este trabajo, conocer algo más de Peirce en el campo de la psicología, utilizando para ello sus cartas con un psicólogo conocido, James.

Las cartas redactadas a lo largo de toda la vida por parte Peirce muestran, mejor que otros escritos, sus afinidades y enemistades. Para un autor como él, con una vida llena de intensidad, de desencuentros, vitales y profesionales, sus relatos epistolares suponían una fuente importante de contactos, discusiones, descubrimientos y diálogo. Seguramente las que escribió en sus 25 años finales, en los que el aislamiento era la norma, son las que muestran mejor su esfuerzo por tratar de comunicar, a quienes admiraba, sus intenciones e intereses dentro de la ciencia y la filosofía. Eran cartas de un hombre que se fue aislando, y al que fueron aislando, y que sólo así podía buscar un discurso abiertamente comunicable.

En cuanto a sus cartas con su amigo James son de las más relevantes para estudiar las contradicciones personales, entre la amistad y el enfrentamiento social, y también para ver la coherencia intelectual del pensamiento de Peirce. Sobre esto último, la coherencia del pensamiento de Peirce, ya hemos hablado en otros estudios (Morgade, 2003). Con respecto a lo primero, vemos en sus intercambios que la relación entre ambos fue contradictoria tanto en lo que respecta a lo personal como a la relación intelectual.

James conoce personalmente a Peirce cuando se iniciaban en la universidad, y queda impresionando por las intervenciones públicas de este último e, incluso, por el personaje mismo, al que define como inspirador. A lo largo de su vida, se observa claramente una relación desigual entre ambos. James, en un principio, admiraba abiertamente a Peirce, aunque desde el comienzo decía no entenderle en muchas ocasiones, algo que en las últimas décadas se generalizó a prácticamente cualquier escrito que Peirce producía. Peirce fue descubriendo poco a poco en James pensamientos ingeniosos dentro de textos dirigidos al gran público universitario.

El cariño fue creciendo con el paso del tiempo, pero ello no evitaba a Peirce recriminar a James, en lo que Peirce consideraba errores de pensamiento, provocados por dar más importancia a la divulgación al público en general que a la rigurosidad científica. Las cartas de Peirce fueron ocupando más páginas, intentando explicar su punto de vista a partir de las publicaciones del propio James, puesto que él cada vez publicaba menos y necesita exponer sus inquietudes, y debatir con otros la línea que las investigaciones iban desarrollando.

En lo que respecta al contenido concreto de las cartas, nos centraremos, ahora, en la psicología de la percepción. Los tres elementos que tratan de perfilar serán: la percepción del espacio, la inferencia inconsciente y la naturaleza de la asociación.

Como Fisch indicó en 1965, en el ámbito de la filosofía, existe una vinculación entre la génesis del pragmatismo y los trabajos de la psicología experimental de autores como Fechner, Helmholtz y Wundt. En los últimos trabajos (Morgade, 2003) ya he señalado que la relación de Peirce con la psicología experimental fue directa desde muy temprano, integró tanto en su pensamiento como en su actividad investigadora pro-

fesional desde 1859 los trabajos de esos autores alemanes. James, por su parte, acudió a formarse a la propia universidad alemana de la mano de Wundt.

No es extraño, así, que algunas de las discusiones que por aquella época presentaba la psicología experimental se encuentren entre los escritos y cartas de los dos autores. Lo interesante es comprobar hasta qué punto mantenían los dos posiciones enfrentadas sobre esas mismas discusiones. El primer enfrentamiento directo que podemos encontrar tiene relación con la percepción del espacio.

Desde la publicación de Helmholtz *Physiological Optics* (1866), se hace explícito el enfrentamiento entre dos posiciones a la hora de explicar la percepción del espacio. Una personalizada en Hering, que entendía que en las relaciones espaciales ya están en las primeras sensaciones. Otra personalizada en la figura de Helmholtz, que entendía que las relaciones espaciales son inferidas.

Peirce desde el inicio se muestra seguidor de Helmholtz; en unos de los trabajos iniciadores del pragmatismo, la revisión de la obra de Berkeley en 1871, señala:

Las mejores autoridades prefieren la hipótesis empirista, cuya proposición fundamental (...) es la de que las sensaciones que tenemos al ver son signos de las relaciones con las cosas, cuya interpretación tiene que descubrirse inductivamente (CP 8.36).

También,

El espacio no se percibe inmediatamente pero sí está universalmente admitido; y una cognición mediada es lo que llamamos inferencia (W3. 317).

Por su parte, James admite, 1860, su enfrentamiento a la posición mantenida por Helmholtz. En escritos de aquella época dice que una de sus principales intenciones es enfrentarse a lo que autores como el alemán defendían; además, en una carta dirigida a su hermano Henry (COWJ, 5.290), observa que acaba de llegar de escuchar una de las conferencias más estúpidas que había escuchado, en referencia a una conferencia impartida por Helmholtz sobre el tema en cuestión.

James consideraba que las ideas de Helmholtz, principalmente desde su concepto de inferencia inconsciente, llevarían a la psicología a un camino sin salida (WJ, 14).

Años después, Peirce escribe a James con relación a su artículo sobre la percepción del espacio (COWJ, 6, pp. 279-280). Peirce comienza por alabar la gran calidad de su trabajo, y a continuación le reprocha su crítica a las explicaciones del espacio que autores como Helmholtz defendían. Para ello comienza por llamar la atención sobre lo absurdo de hablar de «primeras sensaciones». Peirce no entiende que pueda existir una sensación tal que, como primera sensación, se presente a la conciencia con la cualidad, por ejemplo, del tamaño. Peirce intuye desde muy temprano una idea clave en el pensamiento de James, que existen los primeros objetos psicológicos, como serían las primeras sensaciones que tienen ya la cualidad espacial.

Peirce, además, señala que James mismo está negando ciertas teorías admitidas sobre la percepción del espacio, claramente relacionadas con posiciones ligadas a la tradición kantiana (Aivar, 1999). James no lo creía así, y siguió definiendo que la visión de Helmholtz era una de las visiones que intelectualiza la percepción a través de mecanismos *cuasi-místicos* (WJ, 11 y PP, 2, pp. 211), situándose como un firme defensor de la *percepción directa* del espacio.

El carácter *cuasi-místico* se refería a la posición en la cual Helmholtz afirma que las sensaciones (Aivar, 1999) deben ser interpretadas por nuestra comprensión; para James eso atribuiría la producción de la percepción a la mente (COWJ, 5, pp. 84 y 332). Y ello dado que James tan sólo remite nuestro proceso perceptivo a nuestra estructura biológica, fisiológica, y no a la experiencia interpretada por nuestro entendimiento. James entiende que ese misterioso mecanismo inferencial de carácter inconsciente no es más que llevar al conocimiento tácito lo que es del conocimiento explícito (PP, 2, p. 281). La única visión psicológica no falaz es entender que ya en las sensaciones retinianas son espaciales, que no necesitan de ningún antecedente psicológico y/o lógico, ni siquiera de carácter motor (PP, 2, p. 278), únicamente hay funcionamiento fisiológico del cerebro (COWJ, 6, p. 219 y 4, p. 357, MS 609 y MS 1334).

El motivo central de este enfrentamiento se refiere a la inferencia inconsciente y su papel en la percepción. A estas alturas queda claro cuál era la visión de cada uno. El motivo que explicita la diferencia que entre ellos existía nos remite a la revisión que Peirce hace de los principios de psicología de James, en *The Nation* (CN, 1, pp. 104-10).

La recensión comienza alabando la calidad del libro, y señalando el enorme éxito que le augura. Después indica que las numerosas críticas que va a empezar a detallar deben ser tomadas principalmente como un honor, pues sólo son prueba del respeto e interés que el trabajo presenta. Entonces se centra en el apartado del trabajo de James dedicado a estudiar si la percepción es una inferencia inconsciente.

James analiza con tres argumentos los problemas de la noción *helmholtziana* (PP, 2, pp. 111-3) en la que, según James, se defiende que la percepción sería una clase de razonamiento más o menos inconsciente. El primer argumento es que si el concepto hace referencia a un proceso en el cual la inferencia es inconsciente, hemos de asumir que las premisas lo son, y que ello no se da en la percepción; tanto el signo-indicio, como lo sugerido son conscientes. El segundo argumento utilizado por James se refiere a que para dicho proceso incluye una inferencia tácita del tipo «esto» es M, si M es A, «esto» es A. Algo que para James nos lleva a un regreso infinito tras la primera premisa «Esto es M», ya que ello es una percepción misma.

El último argumento rechaza la inferencia inconsciente, puesto que considera que es inútil, ya que podría ser explicada igualmente por los hábitos fisiológicos. Finalmente, James piensa que la percepción no es más que un ejemplo más de un proceso

psicológico general, como es la asociación de ideas, al igual que el razonamiento. Es una asociación de ideas desde la psicología, y es la ley del hábito en el cerebro, fisiológicamente hablando.

Peirce desmonta los tres argumentos. Con respecto al primero, dice que no ha encontrado ningún autor alemán que defienda tal postura. Cuando se dice que es inconsciente, no se refiere a la premisa o la conclusión, sino al hecho de si se es consciente de haber realizado una inferencia (W, pp. 5326-27). De hecho Peirce, en otros textos, menciona que estrictamente hablando, la inferencia inconsciente es similar a la inferencia lógica en dos cuestiones. Subsume algo bajo una clase (CN, 1, p. 108), y afirma algo en la forma de una proposición. Se diferencia evidentemente en ese carácter controlado, las premisas y las conclusiones no se aceptan reflexivamente, tras un proceso de investigación controlado.

Seguidamente critica que el razonamiento lógico que James hace incluye que la inferencia deba ser de carácter deductivo, y recuerda a James otras formas de inferencia. Finalmente, Peirce considerará a la inferencia inconsciente como un caso límite de una inferencia abductiva, o también llamada hipótesis, del tipo: (CP, pp. 7600-37) M tiene de ordinario los predicados P1 P2 P3, indistintamente reconocidos, el objeto sugerido S tiene esos mismos predicados, así S es de la clase M.

Con ello se eliminaría el supuesto regreso *ad finitum* del segundo argumento, que para Peirce se refiere otra vez a versiones extremas de la inferencia inconsciente y no las más comunes.

Con respecto al último argumento, Peirce recuerda a James, como también lo haría en su revisión del trabajo sobre la atención de Ribot (CN, 2, pp. 104-5), que la asociación no es una explicación, ella misma debe ser explicada. Peirce, como ya lo había hecho en su clásico trabajo de 1868, afirma que las asociaciones son inferenciales y que involucran relaciones de carácter sígnico:

En la percepción, que es donde conocemos una cosa como existente, está claro que hay un juicio de que la cosa existe, dado que un mero concepto general de la cosa no es en ningún caso una cognición de la misma como existente. Se ha dicho, sin embargo, habitualmente que podemos evocar un concepto cualquiera sin hacer juicio alguno; pero parece que en este caso sólo suponemos arbitrariamente que tenemos una experiencia (...) lo que esconde el nombre de asociación de imágenes es en realidad una asociación de juicios. Se dice que la asociación de ideas procede de acuerdo con tres principios: el de semejanza, el de contigüidad y de causalidad. Pero sería igualmente cierto decir que los signos denotan lo que denotan basándose en los tres principios, de semejanza, de contigüidad y de causalidad (...) algo es un signo de todo lo que está asociado con él por semejanza, contigüidad o causalidad: no puede haber duda alguna de que todo signo evoca la cosa significada. Así pues, la asociación de ideas consiste en esto, en que un juicio ocasiona otro juicio, del cual es el signo. Ahora bien, esto no es ni más ni menos que una inferencia (...) Lo que se dice aquí de la asociación por semejanza es verdad de toda asociación. Toda asociación es por signos (CP, pp. 5307-8).

Peirce finalmente se pregunta si las asociaciones son de carácter inferencial, y son en la percepción de carácter inconsciente, si los hábitos son de carácter también inconsciente. Cuando Peirce retoma este tema en años posteriores perfilará más aún su concepción de los procesos controlados y no controlados de la mente (CP, pp. 7408-9).

Un debate relacionado con el anterior se refiere a la naturaleza de los hábitos. Una discusión que surge cuando hablan sobre lo que James llama el *flujo de conciencia*, en la que una estimulación que ha ocurrido de una manera ocurrirá más rápidamente en la segunda ocasión. Para James estaría ahí la esencia de los hábitos, la mecánica de los hábitos. Los hábitos, por su naturaleza, seguirían la mecánica de las asociaciones desde el funcionamiento del sistema nervioso, así serían más asunto de la física que de la fisiología o de la psicología (PP, 1, pp. 107-9).

Para Peirce esa asunción presenta una clara limitación. La metáfora que reúne la teoría física de la mecánica y la teoría psicológica de la asociación comparten que ambas son gobernadas por una ley; las diferencias son más que claras. La ley de la mecánica es absoluta, si dos posiciones están dadas, se dará el punto preciso de cada partícula en cada espacio de tiempo. Mientras la fuerza de la asociación es esencialmente difusa, así dos ideas que tienden a ocurrir juntas tienen una suave tendencia a sugerir la una a la otra. Si la ley de la asociación, en los hábitos, fuera considerada de carácter absoluto, las ideas serían unidas de manera rígida, los fenómenos del aprendizaje, de la generalización, que es la esencia de la asociación, serían imposibles. Los hábitos son de la clase de procesos de carácter irreversible, y como tales no respetan la ley de la conservación de la energía, por ejemplo, y requieren otro tipo de explicación (CN, 1, pp. 114-5) a la mecánica. Los hábitos son de carácter probabilístico, y su ocurrencia está relacionada con un estado relativo de acontecimientos que definen su aspecto final. Las explicaciones de los procesos de la mente deben observar el crecimiento, una tendencia a tomar hábitos que desde el protoplasma explica lo que media entre el caos del azar absoluto, el orden y la ley del cosmos.

Peirce asume, en su visión psicológica de los hábitos, una clara visión metafísica concreta. Como Peirce recalcará de manera insistente a James, rechazar como él lo hace la metafísica en la psicología sólo supone asumir una metafísica; y en el caso de James, Peirce observa, una mala metafísica (CN, 1, pp. 104-5).

En términos generales, las críticas recurrentes que podemos encontrar en sus intercambios están presentes en la primera parte de la reseña (CN, 1, p. 136). Destaca sus contradicciones y errores metodológicos, lo que lleva a Peirce a decir que James finalmente se manifiesta como un dualista metodológico. Crítica en la que asume que los datos de la psicología, como la física, así como sus primeros supuestos, se aceptan de manera acrítica, pues la crítica sobre los supuestos es tarea de la filosofía y la metafísica, pero no de la ciencia y la investigación experimental (CN, 1, p. 137). Este

presupuesto metodológico tiene un carácter metafísico que para Peirce es claramente una mala metafísica que se ve obligado a asumir.

A través de esas discusiones podemos llegar a establecer no sólo las diferencias entre los dos pragmatismos, si no, lo que es más interesantes para nosotros, la teoría psicológica que Peirce tenía, en términos generales. Una psicología que le alejaba de la visión de James, y con ello de la psicología que se estaba institucionalizando.

Referencias bibliográficas

- AIVAR, M. P. (1999): «Explicando la percepción visual del espacio: Helmholtz y la importancia de los movimientos oculares», *Rev. de Historia de la Psicología*, 20(3-4), pp. 167-176.
- FISCH, M. H. *et al.* (1986): *Peirce, Semiotic, and Pragmatism. Essays*. Bloomington, Indiana.
- HELMHOLTZ, H. (1866): *Handbuch der Physiologischen Optik*. Hamburgo, Verlag von Leopold Voss.
- JAMES, M. (1890): *Principles of Psychology*. Nueva York, Henry Holt. PP
- JAMES, W. (1975-1988): *The works of William James*. (17 vols.). Cambridge, University Press. WJ
- (1994): *The correspondence of William James*. (10 vols.). Londres, University Press of Virginia. COWJ
- MORGADÉ, M. (2003): «La obra psicológica de C. S. Peirce: realidad, recuerdo y rememoración», *Rev. de historia de la psicología*, 24(3-4), pp. 577-596.
- (2004): *C. S. Peirce en la Psicología*. Tesis Inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- MS (1966): *The Charles S. Peirce Papers*. Cambridge, MA, Harvard University Library, Photographic Service.
- PEIRCE, C. S. (1982-2000): *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, vols. 1-6. Bloomington, Indiana University Press. W
- (1931-1958): *Collected Papers* (8 vols.). Cambridge, MA, Harvard University Press. CP
- (1975-1979): *Contributions to The Nation* (4 vols.). Lubbock, Texas Tech Press. CN